



allí los ríos caudales,  
allí los otros medianos  
y más chicos,  
y llegados, son iguales  
los que viven por sus manos 35  
y los ricos.

Invocación:

IV. Dejo las invocaciones  
de los famosos poetas  
y oradores;  
no curo de sus ficciones, 40  
que traen yerbas secretas  
sus sabores;  
A aquél sólo me encomiendo,  
aquél sólo invoco yo  
de verdad, 45  
que en este mundo viviendo  
el mundo no conoció  
su deidad.

V. Este mundo es el camino  
para el otro, que es morada 50  
sin pesar;  
mas cumple tener buen tino  
para andar esta jornada  
sin errar.  
Partimos cuando nacemos, 55  
andamos mientras vivimos,  
y llegamos  
al tiempo que fenecemos;  
así que cuando morimos  
descansamos. 60

VI. Este mundo bueno fue  
si bien usáramos de él  
como debemos,  
porque, según nuestra fe,  
es para ganar aquél 65

que atendemos.  
Aun aquel hijo de Dios,  
para subirnos al cielo  
descendió  
a nacer acá entre nos, 70  
y a vivir en este suelo  
do murió.

VII. Ved de cuán poco valor  
son las cosas tras que andamos  
y corremos, 75  
que en este mundo traidor,  
aun primero que muramos  
las perdamos:  
de ellas deshace la edad,  
de ellas casos desastrados 80  
que acaecen,  
de ellas, por su calidad,  
en los más altos estados  
desfallecen.

VIII. Decidme: la hermosura, 85  
la gentil frescura y tez  
de la cara,  
el color y la blancura,  
cuando viene la vejez,  
¿cuál se para? 90  
Las mañas y ligereza  
y la fuerza corporal  
de juventud,  
todo se torna graveza  
cuando llega al arrabal 95  
de senectud.

IX. Pues la sangre de los godos,  
y el linaje y la nobleza  
tan crecida,  
¡por cuántas vías y modos 100  
se pierde su gran alteza  
en esta vida!

Unos, por poco valer,  
¡por cuán bajos y abatidos  
que los tienen! 105  
otros que, por no tener,  
con oficios no debidos  
se mantienen.

X. Los estados y riqueza  
que nos dejan a deshora, 110  
¿quién lo duda?  
no les pidamos firmeza,  
pues son de una señora  
que se muda.

Que bienes son de Fortuna 115  
que revuelven con su rueda  
presurosa,  
la cual no puede ser una  
ni estar estable ni queda  
en una cosa. 120

XI. Pero digo que acompañen  
y lleguen hasta la huesa  
con su dueño:  
por eso nos engañen,  
pues se va la vida apriesa 125  
como sueño;  
y los deleites de acá  
son, en que nos deleitamos,  
temporales,  
y los tormentos de allá, 130  
que por ellos esperamos,  
eternales.

XII. Los placeres y dulzores  
de esta vida trabajada  
que tenemos, 135  
no son sino corredores,  
y la muerte, la celada  
en que caemos.  
No mirando nuestro daño,

<p>corremos a rienda suelta  sin parar;  desque vemos el engaño  y queremos dar la vuelta,  no hay lugar.</p>	140
<p>XIII. Si fuese en nuestro poder  hacer la cara hermosa  corporal,  como podemos hacer  el alma tan gloriosa,  angelical,</p>	145
<p>¡qué diligencia tan viva  tuviéramos toda hora,  y tan presta,  en componer la cativa,  dejándonos la señora</p>	150
<p>descompuesta!</p>	155
<p>XIV. Esos reyes poderosos  que vemos por escrituras  ya pasadas,  por casos tristes, llorosos,  fueron sus buenas venturas  trastornadas;  así que no hay cosa fuerte,  que a papas y emperadores  y prelados,</p>	160
<p>así los trata la muerte  como a los pobres pastores  de ganados.</p>	165
<p>XV. Dejemos a los troyanos,  que sus males no los vimos  ni sus glorias;  dejemos a los romanos,  aunque oímos y leímos  sus historias.</p>	170
<p>No curemos de saber  lo de aquel siglo pasado</p>	175

qué fue de ello;  
vengamos a lo de ayer,  
que también es olvidado  
como aquello. 180

XVI. ¿Qué se hizo el rey don Juan?  
Los infantes de Aragón  
¿qué se hicieron?  
¿Qué fue de tanto galán,  
qué fue de tanta invención 185  
como trajeron?

Las justas y los torneos,  
paramentos, bordaduras  
y cimeras,  
¿fueron sino devaneos? 190  
¿qué fueron sino verduras  
de las eras?

XVII. ¿Qué se hicieron las damas,  
sus tocados, sus vestidos,  
sus olores? 195

¿Qué se hicieron las llamas  
de los fuegos encendidos  
de amadores?  
¿Qué se hizo aquel trovar,  
las músicas acordadas 200  
que tañían?  
¿Qué se hizo aquel danzar,  
aquellas ropas chapadas  
que traían?

XVIII. Pues el otro, su heredero, 205  
don Enrique, ¡qué poderes  
alcanzaba!

¡Cuán blando, cuán halaguero  
el mundo con sus placeres  
se le daba! 210  
Mas verás cuán enemigo,  
cuán contrario, cuán cruel  
se le mostró;

habiéndole sido amigo,  
¡cuán poco duró con él  
lo que le dio! 215

XIX. Las dádivas desmedidas,  
los edificios reales  
llenos de oro,  
las vajillas tan febridas, 220  
los enriques y reales  
del tesoro;  
los jaeces, los caballos  
de sus gentes y atavíos  
tan sobrados, 225  
¿dónde iremos a buscarlos?  
¿qué fueron sino rocíos  
de los prados?

XX. Pues su hermano el inocente,  
que en su vida sucesor 230  
se llamó,  
¡qué corte tan excelente  
tuvo y cuánto gran señor  
le siguió!  
Mas, como fuese mortal, 235  
metióle la muerte luego  
en su fragua.  
¡Oh, juicio divinal,  
cuando más ardía el fuego,  
echaste agua! 240

XXI. Pues aquel gran Condestable,  
maestre que conocimos  
tan privado,  
no cumple que de él se hable,  
sino sólo que lo vimos 245  
degollado.  
Sus infinitos tesoros,  
sus villas y sus lugares,  
su mandar,  
¿qué le fueron sino lloros? 250

¿Qué fueron sino pesares  
al dejar?

XXII. Y los otros dos hermanos,  
maestres tan prosperados  
como reyes, 255  
que a los grandes y medianos  
trajeron tan sojuzgados  
a sus leyes;  
aquella prosperidad  
que tan alta fue subida 260  
y ensalzada,  
¿qué fue sino claridad  
que cuando más encendida  
fue amatada?

XXIII. Tantos duques excelentes, 265  
tantos marqueses y condes  
y varones  
como vimos tan potentes,  
di, muerte, ¿dó los escondes  
y traspones? 270  
Y las sus claras hazañas  
que hicieron en las guerras  
y en las paces,  
cuando tú, cruda, te ensañas,  
con tu fuerza las atierres 275  
y deshaces.

XXIV. Las huestes innumerables,  
los pendones, estandartes  
y banderas,  
los castillos impugnables, 280  
los muros y baluartes  
y barreras,  
la cava honda, chapada,  
o cualquier otro reparo,  
¿qué aprovecha? 285  
que si tú vienes airada,  
todo lo pasas de claro

con tu flecha.

XXV. Aquél de buenos abrigo,  
amado por virtuoso 290  
de la gente,  
el maestre don Rodrigo  
Manrique, tanto famoso  
y tan valiente;  
sus hechos grandes y claros 295  
no cumple que los alabe,  
pues los vieron,  
ni los quiero hacer caros  
pues que el mundo todo sabe  
cuáles fueron. 300

XXVI. Amigo de sus amigos,  
¡qué señor para criados  
y parientes!  
¡Qué enemigo de enemigos!  
¡Qué maestro de esforzados 305  
y valientes!  
¡Qué seso para discretos!  
¡Qué gracia para donosos!  
¡Qué razón!  
¡Cuán benigno a los sujetos! 310  
¡A los bravos y dañosos,  
qué león!

XXVII. En ventura Octaviano;  
Julio César en vencer  
y batallar; 315  
en la virtud, Africano;  
Aníbal en el saber  
y trabajar;  
en la bondad, un Trajano;  
Tito en liberalidad 320  
con alegría;  
en su brazo, Aureliano;  
Marco Tulio en la verdad  
que prometía.

XXVIII. Antonio Pío en clemencia;	325
Marco Aurelio en igualdad del semblante;	
Adriano en elocuencia;	
Teodosio en humanidad y buen talante;	330
Aurelio Alejandro fue en disciplina y rigor de la guerra;	
un Constantino en la fe, Camilo en el gran amor	335
de su tierra.	
XXIX. No dejó grandes tesoros, ni alcanzó muchas riquezas ni vajillas;	
mas hizo guerra a los moros, ganando sus fortalezas y sus villas;	340
y en las lides que venció, muchos moros y caballos se perdieron;	345
y en este oficio ganó las rentas y los vasallos que le dieron.	
XXX. Pues por su honra y estado, en otros tiempos pasados, ¿cómo se hubo?	350
Quedando desamparado, con hermanos y criados se sostuvo.	
Después que hechos famosos	355
hizo en esta misma guerra que hacía, hizo tratos tan honrosos que le dieron aún más tierra	
que tenía.	360

XXXI. Estas sus viejas historias  
que con su brazo pintó  
en juventud,  
con otras nuevas victorias  
ahora las renovó 365  
en senectud.  
Por su grande habilidad,  
por méritos y ancianía  
bien gastada,  
alcanzó la dignidad 370  
de la gran Caballería  
de la Espada.

XXXII. Y sus villas y sus tierras  
ocupadas de tiranos  
las halló; 375  
mas por cercos y por guerras  
y por fuerza de sus manos  
las cobró.  
Pues nuestro rey natural,  
si de las obras que obró 380  
fue servido,  
dígalo el de Portugal  
y en Castilla quien siguió  
su partido.

XXXIII. Después de puesta la vida 385  
tantas veces por su ley  
al tablero;  
después de tan bien servida  
la corona de su rey  
verdadero: 390  
después de tanta hazaña  
a que no puede bastar  
cuenta cierta,  
en la su villa de Ocaña  
vino la muerte a llamar 395  
a su puerta,

XXXIV. diciendo: «Buen caballero,

dejad el mundo engañoso  
y su halago;  
vuestro corazón de acero, 400  
muestre su esfuerzo famoso  
en este trago;  
y pues de vida y salud  
hicisteis tan poca cuenta  
por la fama, 405  
esfuércese la virtud  
para sufrir esta afrenta  
que os llama.

XXXV. No se os haga tan amarga  
la batalla temerosa 410  
que esperáis,  
pues otra vida más larga  
de la fama gloriosa  
acá dejáis,  
(aunque esta vida de honor 415  
tampoco no es eternal  
ni verdadera);  
mas, con todo, es muy mejor  
que la otra temporal  
perecedera. 420

XXXVI. El vivir que es perdurable  
no se gana con estados  
mundanales,  
ni con vida deleitable  
en que moran los pecados 425  
infernales;  
mas los buenos religiosos  
gánanlo con oraciones  
y con lloros;  
los caballeros famosos, 430  
con trabajos y aflicciones  
contra moros.

XXXVII. Y pues vos, claro varón,  
tanta sangre derramasteis

de paganos, 435  
esperad el galardón  
que en este mundo ganasteis  
por las manos;  
y con esta confianza  
y con la fe tan entera 440  
que tenéis,  
partid con buena esperanza,  
que esta otra vida tercera  
ganaréis.»

XXXVIII. «No tengamos tiempo ya 445  
en esta vida mezquina  
por tal modo,  
que mi voluntad está  
conforme con la divina  
para todo; 450  
y consiento en mi morir  
con voluntad placentera,  
clara y pura,  
que querer hombre vivir  
cuando Dios quiere que muera 455  
es locura.

Oración:

XXXIX. Tú, que por nuestra maldad,  
tomaste forma servil  
y bajo nombre;  
tú, que a tu divinidad 460  
juntaste cosa tan vil  
como es el hombre;  
tú, que tan grandes tormentos  
sufriste sin resistencia  
en tu persona, 465  
no por mis merecimientos,  
mas por tu sola clemencia  
me perdona.»

Fin:

XL. Así, con tal entender,  
todos sentidos humanos 470  
conservados,  
cercado de su mujer  
y de sus hijos y hermanos  
y criados,  
dio el alma a quien se la dio 475  
(en cual la dio en el cielo  
en su gloria),  
que aunque la vida perdió  
dejónos harto consuelo  
su memoria. 480